

Guillermo Knochenhauer

Beneficiar al ciudadano de la calle

La llegada a la presidencia de Estados Unidos de Barack Obama, un liberal pragmático que tomará “las mejores decisiones posibles desde la perspectiva de beneficiar al ciudadano de la calle”, así como el corrimiento hacia la izquierda, o al menos al centro de las posiciones políticas en Europa, apoyan la idea de que el mundo se encamina a una nueva era del capitalismo. De lo que no hay duda es que la profundidad de la crisis y sus causas hacen ineludible la formulación de nuevos paradigmas y consensos políticos para poder enfrentarla.

Hay fuertes indicios de que entre las élites del capitalismo desarrollado se está fraguando un consenso político que sea económicamente eficaz y que pueda ser socialmente aceptable en sus países. Contendría ideas keynesianas y de tipo socialdemócrata.

En Europa, donde surgió y se consolidó el Estado benefactor en la posguerra, y en Estados Unidos, con un presidente que ha vivido la importancia de la gestión social, se empiezan a poner en juego medidas que atienden a las situaciones sociales que las fórmulas neoliberales ignoraron durante 30 años.

Uno de los rasgos de la crisis general, o si se prefiere, una de las crisis concurrentes, es la de valores sociales, debida a que el neoliberalismo ignoró la solidaridad social y la aspiración a

igualar oportunidades, que fueron principios éticos asocia-

dos a las libertades económicas y democráticas. En el darwinismo social resultante, el conflicto intrínseco entre acumulación de capital y equidad social (como mera aspiración) se resolvió en una concentración de riqueza que ya resulta obscena ante el avance de la pobreza en el mundo.

Desde el estallido de la crisis, el año pasado, Gordon Brown, primer ministro inglés, apadrina en el Reino Unido la campaña Convirtamos la Pobreza en Historia, mientras que Nicolas Sarkozy, presidente francés, promueve un keynesianismo nacionalista. Cada uno a su modo comparte el propósito declarado de alcanzar “los elevados intereses públicos” que consisten y obligan, al final de cualquier análisis, a encontrar fórmulas para reducir las desigualdades dentro de las naciones y entre las naciones.

Contra la desigualdad entre las naciones, por ejemplo, se argumenta que los acuerdos comerciales —como el TLCAN— se sujeten a condiciones sociales y del cuidado ambiental, como se lo acaba de decir Obama a Felipe Calderón en su primer encuentro esta semana en Washington.

Hay evidencias inequívocas de que Estados Unidos está involucrado en un cambio de orientación política sustancial, aunque la profundidad y alcance de ese viraje todavía no son claros. Por un lado están

los límites a las reformas que pone el capitalismo global, gobernado por empresas transnacionales, pero por el otro hay que tomar en cuenta las exigencias de cambio por las que Obama fue elegido.

A Obama se le considera un político pragmático, que no está comprometido con ninguna ortodoxia económica ni fundamentalismo ideológico. Tomará decisiones sobre la marcha, pero asegura que lo hará para beneficiar la recuperación económica y de las empresas estadounidenses, atendiendo las necesidades del “ciudadano de la calle”.

La cuestión para el PAN y el gobierno de México es que las soluciones que se buscan en Europa y en Estados Unidos a

la crisis, se apartan de los enfoques políticos de derecha. Lo malo es que la izquierda en México, que es la que podría aprovechar la situación para incidir en el cambio de rumbo del país, se ha desacreditado y perdido seguidores por su permanente divisionismo.

El PRD del que se apropiaron los chuchos, seguidores de Jesús Ortega, abrazados al institucionalismo y sus prerrogativas, ni siquiera aspira a un modelo de organización social que luche por la igualdad; López Obrador está en esa tarea, pero poco se sabe de sus logros y finalidades. ■

knochenhauer@prodigy.net.mx

Profesor de la FCPS de la UNAM

